

La invención del guanche. Clasificaciones imperiales y correlatos identitarios de la raciología en Canarias

FERNANDO ESTÉVEZ GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

Nuestra pasión por los guanches y nuestra obsesión por conocer sus orígenes y devenir es ininteligible fuera del marco que desde la modernidad ha condicionado todos los esfuerzos por construir una identidad canaria: la retroalimentación entre raza y nación. Pero esta relación ha permanecido por lo general oculta tras el velo de la ciencia, implícita bajo la creencia de que lo que sabemos de los aborígenes es el resultado de los continuados esfuerzos por desentrañar la verdad de su historia. Sin embargo, para entender mejor esta pasión por lo guanches creo que es necesario, aunque sea en este rato, volver a muchas de las palabras no dichas y la historia no contada de nuestro más querido mito de origen.

Las Islas Canarias, sus indígenas, figuran entre las primeras etapas de la toma de conciencia europea de la existencia del «Otro», de los «Otros». Por tanto, entró pronto en los debates sobre la naturaleza humana, en esa «unidad en la diversidad» que inauguró la reflexión antropológica. Pero también entró a formar parte tempranamente del proceso de diferenciación de pueblos, razas y culturas que ha caracterizado a la civilización europea desde los inicios de su expansión colonial. Las Islas Canarias, sus indígenas, son también, en consecuencia, un resultado de la mirada imperial con la que Europa fue construyendo sus islas utópicas y sus paraísos perdidos al tiempo que clasificaba, jerarquizaba y sometía a los «otros», genéricamente a los de piel oscura y, más específicamente, a los negros.

Pero, a menos que queramos reivindicar provincianamente un lugar privilegiado tanto en la reflexión antropológica como en las políticas imperiales, el papel de Canarias es más bien secundario en la construcción histórica de las visiones y representaciones del «Otro». Aún así, ni la prontitud de la entrada ni la modesta importancia de Canarias en las imágenes europeas de la diversidad humana han mermado la pasión interna ni minorado la atracción desde el exterior por los antiguos canarios. De una u otra forma, los de dentro siempre hemos tomado posiciones sobre su cultura y su devenir histórico y los de fuera no han podido resistir casi nunca la tentación de nombrarlos, de describirlos y de valorarlos. De tal forma que el mundo de los aborígenes canarios ha servido y sirve para muchos y diferentes propósitos, desde su utilización como diacrítico étnico en la cultura popular hasta de fuente de inspiración para literatos y científicos.

Hay, sin embargo, algunos temas que se han venido repitiendo más regularmente en ese conglomerado de pasión y exotismo que siempre han provocado los indígenas canarios. Uno de ellos es la raza, la «raza guanche», cuestión originalmente desvelada por los estudios antropológicos a comienzos del siglo XIX, pero que acaso sea también uno de los trasuntos que más ha permeado tanto en la cultura popular como en la académica. ¿Pero qué sentido tendría actualmente hablar de la raza guanche, de las razas aborígenes, cuando ya sabemos que las razas no existen, cuando ya es un concepto abandonado y obsoleto en todas las disciplinas científicas? Curiosamente, a pesar de que el viejo paradigma de la raciología ha sido seriamente impugnado, el racismo que ayudó a

destilar ha mantenido una palpable presencia en el mundo contemporáneo. En este sentido, la reflexión sobre la construcción histórica del conocimiento científico y de los usos sociales de lo que se dio en llamar las razas aborígenes nos parece de interés no sólo para poner de relieve la compleja confluencia entre teorías, ideologías e intereses políticos que sustentaron la antropología racial en Canarias, sino también para mirar críticamente su papel en las políticas étnicas y en las afirmaciones identitarias de los canarios. Hablar de raza guanche no es reconstruir una antigüalla decimonónica, es hablar de las interconexiones entre ciencia, poder e ideología que atraviesan los dos últimos siglos de la historia insular.

La raza tiene sin duda un interés como problema historiográfico, pero desgraciadamente, sigue siendo uno de los aspectos más palpables del cemento ideológico contemporáneo para justificar la opresión, la desigualdad y la guerra. Desgraciadamente también, sigue ocupando un papel de primer orden en muchas de las políticas de la identidad étnica y nacional. Racismo y nacionalismo, que generalmente se presentan como la decantación histórica de los más viejos sentimientos humanos, son de hecho dos importantes innovaciones de la Modernidad. Raza y nación han sido dos importantes pilares del Estado Moderno, de esa máquina para construir diferencias, para marcar al «otro»; una máquina que, exportada al Tercer Mundo, Occidente se ha encargado de engrasar puntualmente con las diferentes tipos y versiones de racismo.

Paradójicamente, la historia de la raciología, de los intentos por clasificar los grupos humanos en entidades distinguibles por sus características físicas, es la historia de algo ficticio. Las razas humanas no existen. Por el contrario, el correlato socio-político de la raciología, el racismo, a pesar de haber sido casi siempre considerado como un mero reflejo ideológico, el resultado de un mal uso del supuesto conocimiento objetivo de la biología humana, es lo único que ha tenido una existencia real.

Si la historia del colonialismo es una historia del marcado, del etiquetado y del encasillamiento taxonómico de los «otros» como justificación de su inferior condición y como legitimación de su sometimiento, la historia de la antropología es la de la ambivalencia entre el reconocimiento del otro como semejante y a la vez diferente. Pese a su notoria tradición en la defensa de los no europeos, para los que tuvo incluso una importante plataforma académica con la consolidación del relativismo cultural en las universidades, la antropología basculó siempre entre actuar como hija del colonialismo o erigirse en su mala conciencia. En cualquier caso, fue la disciplina más especializada en la elaboración de las representaciones de los «otros» y la que más ha contribuido a preparar las topografías biológicas, espaciales y cognitivas en la expansión europea. Aunque sin duda es discutible que el instrumental teórico de la antropología fuera siempre elaborado en función de los requerimientos de la política imperial, sí que formó parte del equipamiento colonial, junto con la Biblia y toda suerte de implementos mecánicos y artilugios de medición.

Pero, a la postre, la ubicación de diferentes pueblos y culturas en la escala de la perfección humana no dependió tanto de la antropología, fuera ésta etnocentrista o relativista, sino de la política y la guerra. Y en función de éstas podemos observar mejor la distinta suerte de las gentes no europeas y la consolidación de determinadas teorías sobre sus razas y sus culturas. Este planteamiento no debe relegar, en modo alguno, los esfuerzos por desentrañar la historia interna de las teorías antropológicas. Antes al contrario, descubrir la lógica y la dinámica interna de las estrategias de investigación es siempre un requisito indispensable si no se quiere reducir la especulación antropológica a una mera relación de causalidades mecánicas, en este caso, entre el colonialismo y las representaciones del «Otro». Sin embargo, la importancia de la historia interna no debiera ocultar la permanente presencia de los factores extracientíficos que han modulado la

formación de esas teorías y, sobre todo, su implantación académica y su aceptación social.

En ese sentido, la cuestión que nos podríamos plantear es de qué forma y en qué medida las teorías antropológicas y arqueológicas sobre los aborígenes canarios, aun aceptando una lógica interna en su desarrollo, se vieron afectadas o moldeadas por la dinámica más amplia en la que Canarias se fue situando en la historia de la expansión colonial europea. Inicialmente, esta influencia puede ser rastreada directamente en la propia literatura antropológica, en las mismas obras en las que los científicos parecen sólo interesarse por los problemas teórico-empíricos de su objeto de estudio.

¿Cuál fue, entonces, la suerte de los antiguos canarios? Desarticulados culturalmente tras la conquista, los aborígenes comenzaron a cobrar una existencia imaginaria en la historiografía de las islas, en los relatos de viajeros y en las elaboraciones más sistemáticas de los antropólogos físicos y los prehistoriadores. El denominador común para todos es una imagen positiva y arquetípica del guanche, que alcanza desde la nobleza de su carácter y la naturalidad de sus costumbres hasta la innata fortaleza de su raza. Todos, canarios o no, han tenido simpatía por los guanches. Seducidos por el enigma de su origen, desconcertados por la evidencia de su desaparición o esperanzados en mostrar sus pervivencias, todos han tenido en la más alta estima a estos indígenas que, en buena lógica, tendrían que haber sido calificados como bárbaros, salvajes, primitivos, o con cualquier otro de los marcadores que se fueron aplicando a los no blancos, no cristianos, y no europeos.

Y, en buena lógica también, de la aplicación de estos marcadores debería haber resultado un retrato similar a los de esos otros pueblos, mostrando su débil desarrollo social, su escasa capacidad para la civilización y su menor altura moral. Pero este no fue el caso. Al contrario, todas las imágenes que históricamente se han ido construyendo de los aborígenes canarios son de simpatía, cuando no abiertamente laudatorias. Este mejor destino de los guanches frente a los otros bárbaros, salvajes y primitivos en el imaginario de los canarios y europeos responde a que, en el cuadro histórico de los progresos del espíritu humano al que aspiró construir la Ilustración y en las taxonomías raciales generadas en el siglo XIX, los guanches quedaron siempre situados en un lugar privilegiado; no por razones estrictamente antropológicas sino por motivaciones ideológicas y políticas. Pero antes de intentar mostrar algunas de estas motivaciones es conveniente, siquiera sea esquemáticamente, poner de relieve los principales elementos en los que se sustentaron esas idealizadas imágenes y representaciones.

En la historia de los estudios antropológicos en las islas resalta la posición dominante de la antropología física y la arqueología por un lado, y el folklore por otro. Esto se debió a la particular respuesta que en las Islas se le dio a la dicotomía *Volkskunde-Völkerkunde* europeas. En Canarias, la antropología fue entendida en los mismos términos en que lo fue en la Europa continental, esto es, como antropología física. Distintos factores motivaron esta circunstancia, pero sin duda hubo uno muy determinante que dependió de la respuesta dada a la pregunta ¿qué se podía estudiar, antropológicamente hablando, en Canarias?. Las islas fueron siempre un punto de referencia para los viajeros y naturalistas europeos, bien como un área específica de estudio o bien, por lo general, como lugar de paso en el que se realizaban estudios preliminares de expediciones más lejanas y científicamente más ambiciosas.

Sin embargo, resultan curiosas las frecuentes manifestaciones de «frustración antropológica» de los viajeros al tomar los primeros contactos con la población. Precedidos por los relatos que les hablaban de los guanches o de la Atlántida, los viajeros se encontraban con una sociedad, diferente desde luego a las europeas, pero «no esencialmente» distinta. La excitación antropológica se veía así frenada ante la evidencia de una población que se regía, al menos aparentemente, por los mismos patrones de la cultura occidental. Bonpland, compañero de

expedición de Humboldt, expresaba así el escaso interés que la población canaria ofrecía desde el punto de vista antropológico.

«Dudo que el descubrimiento de Cook en los mares del Sur hicieron sobre él tanta impresión como hizo en nosotros todo cuanto hemos experimentado en este primer día. Navegar durante 24 horas a la vista de una tierra en que no se descubre ni un sólo ser viviente, que ha sido destrozada por los volcanes; al abordarla, ver un solo hombre, que huye desde que nos ve; todo esto se parece con el descubrimiento de algún país desconocido, y produce una impresión tanto más fuerte, cuanto que hay poco tiempo desde que dejamos un país civilizado, y que apenas estamos acostumbrados con el viaje. Pero al examinar de cerca a este hombre, que viste como nuestros campesinos, tiene las mismas facciones y habla en buen español, empecé a perder las ilusiones que me había formado» (1799, cit. en Gioranescu 1960).

Aún así, o quizás precisamente por esta misma frustración, todos los relatos de viajes incorporan uno o varios capítulos introductorios dedicados a la población aborígena. Son, por lo general, refundiciones más o menos afortunadas de las crónicas de la conquista o de los primeros viajeros o historiadores de las islas. Llama la atención que, pese a esta «realidad antropológica», en gran parte de la literatura de viajes sobre Canarias abundan sobremanera los comentarios acerca de la población y cultura indígenas –que ya no pueden ser observadas como un todo articulado. Frente a éstos, los dedicados a mostrar las «maneras y costumbres» de la población que se está realmente observando. Ciertamente se obtienen imágenes muy diferentes, en función de los criterios e intereses de los distintos viajeros. Si bien estas descripciones pueden evaluarse histórica y antropológicamente, es evidente que, en la mayoría de los casos, no se aprecia en ellos ninguna pretensión de una etnografía sistemática. En definitiva, la antropología –definida como disciplina que estudia a las sociedades y culturas no europeas– era, de esta guisa, materialmente imposible en Canarias. Quienes podían satisfacer la pulsión exótica de los viajeros no eran los canarios vivos, sino los aborígenes muertos. De esta forma, todos los que recalaron por las Islas se entregaron con pasión a la tarea de describir a los guanches, término que fue consolidándose con el etnónimo genérico para los aborígenes de todas las islas. Y esta afectación por los guanches ha llegado hasta nosotros en un mantenido tono de simpatía, cuando no de encendida defensa de los guanches.

En uno de los libros de divulgación más populares en las Islas a lo largo de las dos últimas décadas, *Natura y Cultura de las Islas Canarias* (1977), figura una relación de las que serían las características distintivas de los guanches:

1. Dispuestos desde el primer momento a la amistad; 2. Patriotas y valientes hasta morir; 3. Enemigos de la crueldad; 4. Generosos con el perdón; 5. Insospechadamente explosivos; 6. Sociables y prudentes; y, finalmente, 7. Deficientemente solidarios. Más genéricamente, el guanche «Físicamente: es guapo, robusto, fuerte y ágil. Mentalmente: es inteligente e ingenioso. Caracterialmente: es valiente, bondadoso, acogedor, generoso, pacífico, amante de la patria, sentimental, sociable y prudente. En el aspecto negativo: la suspicacia, la inconstancia o dejadez y la falta de solidaridad».

Este es uno de los retratos más extendidos del guanche, tanto en la literatura académica como en la cultura popular.

Si la biología aplicó las taxonomías raciales para clasificar las poblaciones agrupadas por sus características físicas hereditarias, la psicología intentó por su parte establecer tipologías caracteriológicas, ya con una larga tradición, que han dado lugar a un sinnúmero de arquetipos y

estereotipos étnicos y nacionales. Sus resultados han sido más bien pobres, pero ello tampoco ha mermado su eficacia social a la hora de clasificar y marcar a los «otros». No nos podemos detener aquí en una evaluación de las aportaciones a este terreno. Pero si la psicología ha mostrado tener serias dificultades para establecer perfiles psicológico-sociales en una población actual, se nos antoja realmente extraordinario el ejercicio de obtenerlos de unos pueblos de los que sólo se disponía de relatos que, por lo demás, generalmente no provenían de observaciones sincrónicas. ¿Cómo fue posible, entonces, obtener estos perfiles psicológicos, estos retratos del guanche?

Son en primer lugar el resultado de la decantación de las innumerables descripciones de cronistas, viajeros y estudiosos del mundo aborigen, finalmente filtrados y actualizados retóricamente en cada período. De entre todos ellos, vale la pena detenerse en los que han tenido una influencia más duradera.

Viera y Clavijo, a su vez utilizando otras anteriores, proporciona la primera síntesis moderna del carácter de los aborígenes canarios.

«Que los antiguos canarios fuesen una nación original y de costumbres simples, semejantes a las de los héroes y patriarcas, es fácil convencerlo, porque, cualquiera que pase mentalmente los ojos por sus usos, ideas, ceremonias y modos de pensar; que examine su gobierno y su religión; que compare su tenor de vida con el de los primeros hombres, no hay duda tendrá la satisfacción, y aún el placer, de encontrar la naturaleza en toda su simplicidad y primera infancia» (1967, I:125).

Más detenidamente, para Viera

«Esta recomendable nación de hombres aborígenes, valientes, generosos, fieros y celosos de su libertad natural y de la independencia de su patria; este linaje de héroes atlánticos, que por tantos siglos había existido incógnito a los que con el brillante nombre de conquistadores mudaban el semblante del mundo y que estaba como escondido tras los bastidores del teatro, se vio precisado por último a ceder a la fuerza, a perder la simplicidad de sus ideas, a contraer los vicios y pasiones de la Europa y a desaparecer de la tierra confundándose con el resto de las naciones. El estado de los antiguos canarios era la verdadera juventud de la especie humana; y, mientras ellos se contentaron con sus cabañas rústicas y sus cuevas, mientras se ciñeron a coser con espinas sus tamarcos de pieles, a adornarse con plumas y con conchas de mar, a pintarse los cuerpos con algunos colores bastos, a defenderse con pedernales y dardos de madera, a cortar con tabonas y piedras afiladas, en una palabra, mientras fueron bárbaros, vivieron libres, ágiles, sanos, robustos y felices del modo que es permitido serlo a los mortales. Pero, luego que la conquista vino a quitarles con la patria ese tenor y régimen de vida sencilla, degeneraron los canarios en una casta de hombres oscuros» (ibid, I:538).

Aunque de escasa originalidad respecto a sus fuentes francesas, estos pasajes de Viera reflejan un buen número de los tópicos con los que los ilustrados intentaron resolver la relación de Europa con los «otros». Un buen salvaje, un buen guanche para Viera, una vida natural y sencilla contrapunto de los vicios y la corrupción de Europa, una guerra injusta pero inevitable. Y al final, la liquidación de la infancia y juventud de la humanidad y con ella la desaparición de los salvajes. Para los ilustrados, en el siglo XVIII ya no quedaban verdaderos salvajes, ya todos, de una u otra forma se habían transformado, lamentablemente, bajo el irrefrenable avance del progreso. Viera estaba plenamente convencido de que los guanches habían «dejado de formar cuerpo de nación». Para los ilustrados, de los salvajes podemos aprender importantes lecciones morales y políticas, sin embargo habremos de obtenerlas de los relatos fragmentarios de los restos de sus antiguas culturas. Pero lo importante en el fondo es que la idea del buen salvaje de la Ilustración, del buen guanche, sólo fue posible en la presunción de que ya habían dejado de existir. El buen salvaje fue, entonces, básicamente la expresión de la mala conciencia del pensamiento burgués.

Pero es sin duda Berthelot, a comienzos del siglo XIX, el que nos ofrece la imagen más completa del guanche y que, en nuestra opinión, es el modelo del que parten todas las posteriores. Sin embargo, Berthelot realiza su retrato del guanche bajo presupuestos completamente distintos a los de Viera. La más importante novedad que Berthelot introduce, precisamente, es una refutación de la tesis de Viera. El guanche no ha muerto, es más, ha pervivido constituyendo la mayoría de la población de las Islas. Este descubrimiento de Berthelot ha pasado por ser su contribución más notoria. Sin embargo, ni por su propia metodología de investigación ni por su recopilación de datos, tal descubrimiento se puede calificar de original. Fue el resultado de la aplicación fiel de los principios teóricos de la raciología, del único e incuestionado paradigma antropológico durante todo el siglo XIX. Y Berthelot no fue precisamente su inventor. De entre otros, estos principios los tomó de William F. Edwards. El fundador de la Sociedad de Etnología de París, apuntó el que sería, con ligeras modificaciones, el principio básico de la raciología. «Los principales caracteres físicos de un pueblo pueden conservarse a través de una larga serie de siglos en una gran parte de la población, a pesar de la influencia del clima, de la mezcla de razas, de las invasiones extranjeras y de los progresos de la civilización. Debemos, pues, esperar encontrar entre las naciones modernas, con algunas ligeras variaciones y en una proporción más o menos grande, los rasgos que los distinguían en la época en que la historia nos enseña a conocerlos» (en *Los caracteres fisiológicos de las razas humanas, considerados en su relación con la historia*, cit. en Berthelot 1841).

Sin necesidad de datos empíricos ni de mediciones craneométricas –que tan de moda estarían pocas décadas después– Berthelot sólo tuvo que limitarse a adaptar esta tesis a la prehistoria de Canarias. Salvo que el genocidio haya hecho desaparecer a la población, los caracteres esenciales de la raza perdurarán indefinidamente. Como los guanches no fueron exterminados, extremo que Berthelot afirma con rotundidad, su fisonomía y carácter habrían de reproducirse generación tras generación en la población canaria después de la conquista. El plan de Edwards fue, lógicamente, de fácil aplicación. Bastaba con realizar el retrato físico y psicológico de los canarios actuales para obtener, por extrapolación, el de los guanches. En esto consistió, sencillamente, el descubrimiento de Berthelot y no deja de ser fascinante que haya sido el retrato del guanche más sólidamente implantado hasta la actualidad.

Berthelot estimó no sólo que el tipo guanche sobrevivió, sino que era dominante, especialmente en el campo y aun en la ciudad. Observando a los campesinos de su época plasmó la siguiente estampa:

«El mirar de estos insulares no desmiente su buen natural, está lleno de expresión en las mujeres y casi provocativo. Humildes y afables en general, pero en extremo susceptibles; sus ojos melancólicos se animan con el gesto, con una palabra, y descubren todos los movimientos del alma; su semblante lo revela todo a la menor sensación, la alegría brilla por todas partes: es una risa que nada puede contener; todos los miembros se conmueven para acompañar el gozo del corazón; o bien en la desesperación que se exhala en sollozos, buscando quien simpatice con sus penas y atormentándose en su delirio».

En definitiva, sigue Berthelot,

«Ya viva en la aldea, ya permanezca aislado en su cueva o en la montaña», el campesino canario es afable, obsequioso, humilde, astuto, reservado, hospitalario con los extranjeros, respetuoso de la vejez,..., que son otras tantas cualidades que muestran su antiguo origen», o en otros términos, las «virtudes hereditarias que los guanches han legado a sus nietos». Pero ese retrato laudatorio de los guanches no le impidió mostrar, en lo que es una clara manifestación de nostalgia imperialista, una neta valoración negativa de los canarios a su vuelta a Canarias después

de su primer viaje. Dice Berthleot en 1847 «el isleño de los pueblos se ha transformado, está desconocido: se ha incorporado a la corriente de moda por creer que así se muestra más civilizado» (1980a:28). Está defraudado, la vida «dulce y tranquila» se ha trastocado; es otra sociedad en la que «cada cual va a lo suyo» y donde prevalecen los intereses de partido y la política. En medio de cartas donde describe a sus amigos las excelencias del clima canario, el reconocimiento de algunas personas cultas, su preocupación por Francia y los progresos de sus estudios, ve a «gentes ociosas, carentes de inquietudes intelectuales» pendientes sólo de lo que se dice y de lo que se hace; se sabe de un tal que toma medicamentos, de una tal que se queja de los nervios, que si éste guarda cama, que si aquella toma leche de burra. Y después de los chismes, más chismorreos todavía» (Recuerdos, 1847).

En cualquier caso, lo importante aquí es que Berthelot, disponiendo de la fisionomía, el carácter y las costumbres de los campesinos obtuvo por tanto, siguiendo a Edwards, la de los antiguos canarios.

Los más destacados historiadores y antropólogos canarios del siglo XIX contribuyeron también, en la línea de Berthelot, a consolidar esta encantadora imagen del guanche y esta afición por su historia.

Chil y Naranjo consideró conveniente en sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* comparar a conquistadores y conquistados para, dice Chil, «corroborar lo que desde un principio he dicho y venido repitiendo, ya por mí mismo, ya transcribiendo las relaciones de los que me han precedido en la historia de los Guanches: que fueron unos pueblos grandes en su pequeñez, dignos en su aislamiento; sabios en su forzosa ignorancia, y modelos de moralidad, de juicio y de legalidad, sin conocer el Cristianismo, sin haber tenido filósofos, y sin poseer Códigos escritos» (1876:316).

La relación de estas descripciones podría ser interminable. Pero hemos de retomar la cuestión de cómo la antropología canaria fundamentó estas honrosas imágenes del guanche. Porque, ciertamente, esas imágenes hubieran sido insostenibles en una época en la que ya el igualitarismo ilustrado, la creencia en la universalidad de la naturaleza humana, había dejado paso a la verdad «científica» más firmemente mantenida desde el XIX, la de las diferencias raciales y, consecuentemente, la de que las distintas capacidades en inteligencia, elevación moral y aptitudes para la civilización están predeterminadas hereditariamente.

A partir de Berthelot, toda la antropología canaria fue, básicamente, taxonomía racial, afanándose en la búsqueda de los caracteres esenciales y potencialidades de las razas aborígenes. Se irían sucediendo una tras otra diferentes tipologías que no fueron, finalmente, más que variaciones sobre el mismo tema. Sin embargo, la historia de estas tipologías muestra también que no obedecieron exclusivamente a la mayor acumulación de datos y al refinamiento de las técnicas de investigación antropológicas, sino que se fueron adaptando a los cambios de contexto en el panorama de las políticas de las metrópolis europeas.

Podemos ahora retomar la cuestión del denominador común que antes mencionábamos, esto es, los elementos que proporcionan ese aire de familia a todas las imágenes y representaciones de los guanches.

Ilse Schwidetzky, la investigadora alemana cuya obra ha pasado por ser la última gran aportación de la antropología física en Canarias y que logró mantenerse relativamente incuestionada bajo el paraguas protector de su aparatado metodológico, nos proporciona un sintético y claro indicio de la principal motivación que alentó históricamente los estudios raciológicos en Canarias. Es interesante, puesto que la figura de Schwidetzky proporcionó durante mucho tiempo la cobertura de científicidad no sólo a los divulgadores de la pervivencia de la raza guanche en el

terreno de la política y la cultura popular, sino también el principal punto de referencia antropológica para la arqueología académica.

Dice Schwidetzky, en las primeras líneas de *La población prehistórica de las Islas Canarias*, su más importante contribución a los estudios raciológicos en las Islas, que «para la Antropología, las Islas Canarias, desde que entraron en el campo visual de la moderna investigación, fueron consideradas como refugio de las razas europeas». Además, como inmediatamente resalta, la práctica de la momificación entre los aborígenes canarios revelaba «extrañas y lejanas relaciones con la *alta cultura* del antiguo Egipto». Pero para Schwidetzky las observaciones de Theodor Hamy, que puso de manifiesto las analogías entre unos antiguos cráneos canarios con el del cuaternario hombre de Cromagnon, dan carta de naturaleza a las Islas Canarias como «refugio de las antiguas razas europeas». Estos reconocimientos, aunque elementales en su formulación, constituyen, paradójicamente, los cimientos de todo el edificio teórico de la historia de los guanches y de su indiscutida posición entre los diacríticos étnicos de los canarios. Dicho sencillamente, los guanches no eran unos bárbaros, salvajes o primitivos como la mayoría con los que Occidente se fue encontrando desde el siglo XV. Eran nada más y nada menos, que una parte de la ancestral familia europea. Y así, las descripciones de los guanches coincidieron con el más conspicuo arquetipo del hombre europeo: alto, rubio y de ojos azules. Considerada ésta como una manifestación inequívoca de su parentesco, a partir de aquí, y sin menoscabo de las disensiones internas en la antropología física y la arqueología de las Islas, la valoración de los aborígenes canarios estaría protegida tras el escudo de su antiguo enraizamiento europeo. Se pudo así mantener la imagen inmaculada del guanche, limitando el campo de la especulación antropológica a la determinación del mayor o menor grado de parentesco racial con los ancestros europeos y salvaguardando y enriqueciendo uno de nuestros preferidos mitos de origen.

Pero el establecimiento científico y cultural de este «refugio de antiguas razas europeas» no fue un proceso lineal ni todos los que contribuyeron a él lo hicieron desde los mismos presupuestos e intereses. La revisión de su evolución muestra también buena parte de los obstáculos epistemológicos y teóricos de la antropología y la prehistoria de Canarias y, por supuesto, su utilización, contradictoria muchas veces, como recurso político.

La historia de las teorías raciales en Canarias puede parecer, a este nivel, como un gigantesco galimatías de medidas craneales, comparaciones lingüísticas, estereotipos psicológicos, en el intento de demostrar la eterna cuestión de ¿Quiénes somos los canarios?. Viera resolvió este problema con la afirmación de que los guanches eran los descendientes de los antiguos atlantes, con lo que les proporcionaba una noble estirpe, paso previo para que pudieran figurar con dignidad en la historia de las Islas, en la nueva sociedad, ya cristiana, ya europea que empezó a fraguarse tras la conquista. Por su parte, Berthelot, y todos después de él, resolvió el problema estableciendo la continuidad biológica –y por lo tanto psicológica y moral– de los guanches en los canarios actuales. A partir de entonces, la única cuestión importante, la verdadera discusión, no fue la cultura y la historia de los guanches sino la de raza como destino, la raza como esencia inmutable de lo que fuimos, somos y seremos.

No bastó, por tanto, con establecer un linaje mitológico con los atlantes. Se imponía, inevitablemente, resolver científicamente la cuestión de a qué raza pertenecía el guanche. Berthelot aparece, de nuevo, como el precursor del otro gran pilar de la antropología racial en las Islas. Los guanches no fueron los descendientes de los atlantes; eran beréberes norteafricanos. Y una vez más, Berthelot se limitó a adaptar para Canarias las nuevas tesis antropológicas que sobre las poblaciones norteafricanas propagó la antropología y la etnología francesas en el primer tercio del

siglo XIX. Tesis que en unos casos precedieron y siempre acompañaron la colonización francesa del Norte de África.

Los relatos de viajeros hasta finales del XVIII mostraban un complejo abigarramiento poblacional y social del Norte de África, a pesar de la denominación genérica de moro. A comienzos del XIX, por el contrario, esta variedad etnográfica dio paso a una drástica simplificación étnica (Pouillon 1993) que terminó en la dicotomía árabe-bereber, de la que aun hoy tenemos patentes expresiones. Los beréberes, los hombres rubios del África septentrional, comenzaron a ser valorados poco antes de la conquista de Argelia como la raza o las razas autóctonas norteafricanas. Estos beréberes, presentados como buenos cultivadores, que han resistido la dominación árabe, que no practican la poligamia y que se muestran sensibles a las ventajas de la civilización, constituyen una raza «que no se debe ser confundida con la raza árabe por nuestros militares y legisladores. La raza beréber, la única realmente indígena, merece todas nuestras simpatías» (Topinard, en Haoui, 1993:62).

Pero además de esta consideración, la antropología física de principios del XIX estableció que estos beréberes norteafricanos, blancos, rubios, de ojos azules, eran caucásicos que provenían de Europa y, por lo tanto del mismo tronco racial. Desnegrizado, salido de la cuna europea, el beréber emergió inmaculado en su calidad de descendiente europeo. El noble origen de los guanches estaba, pues, nuevamente asegurado.

Nuestros antropólogos lograron en ese proceso no sólo demostrar científicamente que el guanche venía precedido de la más alta potencialidad racial, sino proporcionar ideológicamente el marchamo europeo a nuestra real condición de criollos. En la euforia de los descubrimientos antropológicos, se cayó poco en la cuenta del significado profundo de la adscripción a la raciología y, en particular, del racismo al que inevitablemente conducía.

Para Chil era evidente que los negros tenían un «grado bajísimo de civilización». Y según él, este estado deriva forzosamente de un desarrollo encefálico débil, alojado en una caja craneana reducida. También los antropólogos canarios tuvieron ocasión para reflejar la asociación negro-mujer, otra de las ideas a la que la raciología prestó una significativa atención. V. Grau-Bassas, apoyándose en medidas craneométricas sostuvo que, en las sociedades civilizadas, el cráneo de la mujer era de inferior tamaño al del hombre. Por el contrario, en las primitivas, los de las mujeres superaban a los de los hombres. «Esto es tanto más notable cuanto más bajo es el puesto que ocupa en la escala de perfección». De igual manera, piensa Grau-Bassas, la capacidad craneana aumenta con la perfección de la raza, de tal modo que es evidente que «el europeo se eleva más sobre la europea, que el negro sobre la negra» (1880:286).

Casi dos siglos de investigaciones antropológicas, de biologización de las culturas aborígenes, se reducen a esta simple y sencilla evidencia: el guanche es blanco y de origen europeo. Pero una evidencia aterradora en su simpleza y trágica en su sencillez. Incorporar al guanche, la raza guanche, al núcleo de la identidad canaria, y hacer que ésta además sirviera como expresión de una sociedad moderna y avanzada, determinó la categórica afirmación de un parentesco de origen entre el guanche y los ancestros de los europeos. Pero deberíamos ser conscientes que esa identidad implicó la interiorización de las taxonomías raciales occidentales y fue el resultado del miedo, de las élites criollas que se fueron gestando en la expansión colonial, a estar en el lado de los marcados y no en el de los que marcan. Hemos de aceptar asimismo que construir esta noble estirpe para nosotros ha sido siempre inseparable de considerar a los árabes, a los indios, a los negros, a todos los «otros» como seres pusilánimes, inferiores e incapaces de civilización. Y tenemos muchos indicios de que así lo seguimos haciendo.

En el fondo, nunca hemos hablado de los guanches sino de nosotros mismos. La historia de los guanches no es otra que la de la mirada narcisista de los que primero se consideraron elegidos de Dios y luego, a partir del XIX, se autoconvencieron de que la Naturaleza los había favorecido para siempre con estar en lo más alto de la escala humana. El guanche se iluminó con los destellos de la biología y de la antropología. Pero junto a su resplandor podemos ver las achatadas sombras que los humanos tienen cuando son objeto de la mirada imperial. Fue entonces cuando nuestra imaginación, histórica, antropológica, arqueológica, social, cultural y política colocó al guanche en el centro de la imagen, en el centro de nuestro autorretrato.

De esta forma la historia de los guanches no es, en sentido estricto, una parcela de la historia científica de las antiguas poblaciones insulares, sino una historia de trasiegos constantes entre ciencia, política e ideología. Nunca nos ha interesado el pasado de los guanches por sí mismo, sino su pasado como proyección esencial y auténtica de lo canario. Convertido en el arquetipo canario por antonomasia, el guanche no ha sido nunca un asunto del pasado sino un problema del presente y del futuro.

Pero sea cual sea el destino de los guanches en el futuro del imaginario de los canarios, hemos de aceptar que al igual que no es la nación la que hace surgir al nacionalismo, sino que es el nacionalismo el que crea la nación y al igual que no es la raza la que degenera en racismo sino que es el racismo el que inventa la raza, no fueron los guanches los que abrieron la posibilidad de una arqueología y una antropología en Canarias, sino que fueron éstas las que crearon a estos aborígenes para nosotros. Por tanto, en realidad el guanche nunca existió; el guanche cobró vida sólo cuando, en nuestra imaginación histórica, antropológica, arqueológica, social, cultural y política hicimos del guanche la imagen arquetípica de lo canario, la preeminente encarnación de nuestro autorretrato. El guanche, en definitiva, fue una invención para proporcionar unos ancestros premodernos a la moderna idea de una nación canaria, el resultado de la asimilación de las ideologías racistas y nacionalistas europeas por la élite criolla de las Islas.

Hoy, frente a lo extranjero, frente a los guiris y los inmigrantes muchos creen que la respuesta más racional consiste en reafirmar la identidad, que aquí muchos siguen pensando que pasa por reivindicar el pasado guanche para conservar «lo nuestro», para no desarraigarnos. Pero, como nos recuerda José Bergamín, «Buscar las raíces es una forma subterránea de andarse por las ramas».